

CLOROFILA Y URBANIZACION

La preocupación casi obsesiva, pero justificada, por incluir en el mundo urbano espacios representativos de la vida natural es, contra lo que pudiera pensarse, relativamente reciente. En el pasado no se sentía como ahora angustiosamente el alejamiento de la naturaleza del contorno del habitante de la ciudad. En otras épocas la neta separación entre el hombre urbano y el rural se producía especialmente desde una perspectiva cultural, pero la naturaleza, si esceptuamos unas pocas urbes históricas, estaba muy cerca de las murallas de las ciudades y se infiltraba en su seno, a través de los holgados espacios de la dispersa edificación. El problema surge con caracteres dramáticos cuando se monta el industrialismo sobre el entramado jurídico de la propiedad romana quiritaria. En este contexto socio-económico los conjuntos urbanos propenden a expandirse monótonamente devorando el espacio y aniquilando y exteriorizando los factores naturales. Surge así la nostalgia por el campo, que estimula las soluciones propuestas por los primeros urbanistas añorantes de lo verde, de la paz de las campiñas. Pero en realidad, se trataba de buscar cauces para eliminar una insatisfacción profunda de los ciudadanos industriales.

Cuando se trata de encontrar remedios para la urbanización anárquica y depredatoria que el liberalismo permitía, aparecen ya tímidamente en los primeros planes reservas y cautelas para la creación o el mantenimiento de espacios no utilitarios que animen el paisaje urbano y proporcionen felicidades imposibles a sus pobladores. Desde otros frentes se va a tratar de reconquistar la naturaleza garantizando una corona verde a las ciudades o extrapolando éstas en pequeños núcleos parachutados en el medio del campo. En todos estos casos se partía, pues, de una simple separación entre campo y ciudad, solamente paliada por la incorporación al paisaje urbano de sectores representativos y evocadores de la vida natural.

Hoy, sin embargo, parece que estos planteamientos han sido desbordados por las condiciones de vida de las sociedades más avanzadas. No se trata ya de oponer rígidamente el mundo urbano del rural, porque el triunfo del primero parece definitivo e irreversible, y extiende asimiladoramente su influencia sobre el segundo. Tampoco basta, aunque siga siendo necesario, el incluir en el asfalto oasis más o menos dilatados. Lo que se pretende es integrar armoniosamente la naturaleza en la vida urbana y canalizar los impulsos espontáneos de la población, de las grandes ciudades sobre todo, que salen de sus recintos para alejar su residencia familiar del medio de sus lugares de trabajo. La incorporación del campo a la ciudad alcanza hoy una escala considerable. La liberación de los ocios impone la utilización de espacios que para otras épocas serían alejados, pero que hoy están sólo a pocas unidades de tiempo. La preocupación por el paisaje del hombre contemporáneo alcanza así una dimensión en el seno de una ordenación ambiciosa del territorio, que casi llega a una escala continental e incluso planetaria, porque, como pone por ejemplo de relieve un reciente informe del Consejo de Europa no es indiferente a un sueco la decisión urbanística que se adopte para la Costa Brava española.

Desgraciadamente estos objetivos, pese a su realismo, deben aparecer distantes para aquellas naciones que no han conseguido incluso preservar de la codicia especuladora, en la expansión clásica de las ciudades, suficientes reductos interiores de uso comunitario o que no han logrado que la diáspora urbana de las modernas metrópolis se asiente sin anarquía en la zona rururbana de su influencia. Pero ello no nos libera de plantearnos seriamente el afrontar una urbanización que persiga cara al futuro, un más rápido desplazamiento entre dos puntos igualmente incómodos, sino una ecología satisfactoria de la humanidad que tenga en cuenta que el hombre, como todos los seres, necesita análogas condiciones de vida a las que deben presidir el normal desenvolvimiento de la función clorofílica.